

«Hay mañanas en las que cuesta más trabajo  
digerir el desayuno. Sobre todo si amaneces  
frente al cadáver de un viejo amor, los  
despojos de un bello sueño».

JUAN DÍAZ CANALES, *BLACKSAD*



Dex Mountain observó la escena con la mirada perdida, incapaz de comprender que el cuerpo inerte que colgaba de una de las ramas secas del Árbol Negro era el de aquella mujer que le rompió el corazón hacía cuarenta años. Por aquella época, esos ojos blanquecinos y huecos que ahora le producían escalofríos estaban llenos de vida y lo miraban a él, como nunca nadie lo había mirado, como nunca nadie le había vuelto a mirar desde entonces.

Un furioso viento agitó la Plaza del Árbol Negro, levantando una pequeña polvareda y obligando a Dex a bajar ligeramente su sombrero de fieltro de búfalo para protegerse. Nuevamente, alzó la vista hacia el cadáver —como si no se lo terminara de creer todavía—, tragó saliva e, instintivamente, echó mano al bolsillo para sacar uno de esos sucios cigarrillos que llevaba fumando desde que tenía uso de razón. Le gustaba la primera calada, esa sensación de intimidad que desprendía

la llama entre las arrugas de sus dedos. Un golpe rápido y seco. Y, entonces, el fuego; después, el humo escapando lentamente de su boca reseca, llenando los vacíos que dejaba ese cuerpo sin vida que aún olía a recuerdos.

A Dex le hubiera gustado sentir tristeza, pesadumbre, hastío, dolor o incluso rabia. Pero no sintió nada, ni cuando recibió la noticia aquella mañana, antes de que las oscuras calles de Blackwood comenzaran a iluminarse, ni tampoco cuando miró el cuerpo sin vida de Nadia Tarcelli. El cadáver de la mujer —que ahora se descomponía lentamente bajo el sol de la mañana en una posición grotesca— tenía el cuello partido, la cabeza doblada y los brazos y las piernas suspendidos en un instante eterno. No parecía la misma persona que había pasado por sus brazos décadas atrás, perdiéndose entre las sábanas de un futuro arrebatado por la mayor de las traiciones. Y el olor. Recordaba su olor. Una mezcla de perfume y nicotina que todavía conservaba en un frasco onírico, en lo más profundo de su alma. Aún se adivinaban trazos de aquel aroma camuflado por el de la carne en descomposición. O quizás solo lo imaginaba.

Ese era uno de los obstáculos a la hora de ofrecer una solución al problema que se le planteaba. Dex llevaba cuatro años retirado del oficio. Su papel como ayudante del sheriff en Blackwood —lo que ahora se conocía como «detective»— había quedado atrás. Pasaba sus días bebiendo y olvidando, ordenando los pocos recuerdos buenos que quedaban tras una vida dedicada a perseguir el crimen en una ciudad impía que jamás le había dado descanso. Sin embargo, Dex sabía que aún tenía mucho que ofrecer; de hecho, creía firmemente que la nueva generación de policías de Blackwood estaba muy lejos de continuar el legado que habían dejado él y los suyos. A pesar de ello, se sentía fuera de lugar. Quizás por la presencia del cadáver de Nadia o porque llevaba un tiempo alejado del que fuera su pasado, pero ahora observaba el escenario del crimen como si fuera un cuadro expuesto en un museo. Uno

que te invita a interpretarlo libremente. Y en el fondo sabía que la violencia y el arte, a menudo, tienen muy poco que ver.

—Buenos días, señor.

Un joven de baja estatura, cara infantil y pelo corto y oscuro, que apenas superaría la treintena, se colocó a su lado. Llevaba una taza humeante de café que le ofreció y que Dex no dudó en aceptar con un leve asentimiento de gratitud. Se fijó en el andar desgarbado y en la extraña posición de sus hombros, pretendiendo esconder su inseguridad. Sus ojos se desviaban una y otra vez hacia el cuerpo que colgaba sin vida de una de las gruesas y oscuras ramas del Árbol Negro. «Pobre muchacho», pensó. Recordaba perfectamente cuándo y dónde había visto su primer muerto. El recuerdo todavía le quemaba en la sien.

—¿Cómo te llamas, chico? —preguntó Dex.

—Ken, señor. Ken Laramie.

—¿Estás nervioso, Ken?

—No, señor.

—Imagino que es el primer muerto que ves, muchacho. Sé lo que estás pensando. —Dex se aproximó al joven, lo agarró del hombro firmemente y lo zarandó con suavidad, ofreciéndole su apoyo—: No. Antes de que preguntes, no mejora con los años. Tendrás que acostumbrarte a bailar con la muerte si pretendes sobrevivir en Blackwood.

Ken se acercó lentamente al Árbol Negro y miró el cuerpo de Nadia con inocencia y tristeza. Había algo en el semblante de la mujer asesinada que transmitía paz y tranquilidad. El descanso del adiós.

—Era hermosa, ¿verdad? —observó el joven, admirando el largo pelo negro surcado de canas que caía sobre un rostro sin vida. Un rostro envejecido por la edad, pero con unas facciones todavía perfectas que aventuraban una belleza ineludible.

Dex gruñó a modo de respuesta. Avanzó hacia el joven y se apoyó en el tronco del Árbol Negro, dándole la espalda al cadáver y cubriéndose la cara con el sombrero.

—Usted la conocía, ¿no, señor?

—Algo así...

Dex Mountain y Nadia Tarcelli se conocieron hace treinta y siete años a las afueras de Blackwood. Ella viajaba hacia el corazón del Oeste desde el condado de Yellowrock. Huía de su marido. Unos bandidos asaltaron su diligencia y dejaron varios muertos por el camino. Los disparos se escucharon desde la ciudad y, cuando el sheriff y su joven ayudante llegaron al lugar de los hechos, interrogaron a los supervivientes, entre los que estaba ella.

Eran otros tiempos. Tiempos de forajidos. Hombres duros y violentos, sanguinarios, que viajaban a lomos de sus caballos y disparaban sus rifles, sus carabinas y sus revólveres sin miramientos, saqueaban caravanas, robaban bancos o sembraban el pánico en cada salón de cada lugar que visitaban. «Por suerte, siempre acaban matándose entre ellos», solía decir el padre de Dex cuando él era solo un niño. Negó con la cabeza, apartando el recuerdo de su padre, el de Nadia, el de aquel verano que se conocieron y todo lo que vino después.

—¿Cómo sabes que la conocía, chico? —inquirió Dex, molesto.

—Se lo he dicho yo.

Antes de que el muchacho pudiera contestar, un hombre de mediana edad, con buen porte y gran altura, apareció tras Dex. Apartó al anciano y se colocó frente al cadáver. Hizo rechinar los dientes con un ruido desagradable, escupió al suelo y lanzó un largo e insoportable suspiro que crispó al policía retirado. Qué ganas tenía de darle un puñetazo a Stanley Torch. Siempre había odiado a ese maldito necio que lucía un bigote poblado en forma de «u» invertida y un cabello escaso y pobre de color cano.

—¿Qué haces aquí, Dex? —preguntó Stan.

—Me ha avisado Jack esta mañana.

—No te he preguntado eso. Te he preguntado qué haces aquí.

Dex apagó el cigarrillo contra el suelo, pisándolo con suavidad.

—Ha sido un placer, chico —le dijo a Ken—. Te deseo suerte. La vas a necesitar en este oficio y en esta ciudad.

—Gracias, señor —musitó Ken, azorado.

Se alejó del Árbol Negro, rumbo al centro de la ciudad. Apenas había dado una decena de zancadas cuando una mano aferró su espalda.

—Este no es tu caso —masculló Stan.

—Suéltame.

—Estás retirado. Ya no eres policía.

—He dicho que me sueltes.

—Me da igual que conocieras a esa zorra y no me importa que...

Dex no le dejó terminar.

Agarró a Stan del cuello y apretó con tanta fuerza que le obligó a ponerse de rodillas hasta que terminó en el suelo. El policía se llevó las manos a la zona dolorida y tosió. Sus pulmones ardían por el esfuerzo y tenía el orgullo herido en la mirada.

—Estoy retirado, Stan, pero todavía puedo con los tipos como tú —espetó Dex—. No me importa quién eres ni el puesto que ocupas ahora. Llevo más años en esto de los que tú tienes. Si vuelves a tocarme, incluso si lo intentas, te daré la paliza que te mereces.

—Estás acabado—replicó Stan con un hilo de voz.

La marca de las manos sobre su cuello todavía seguía ahí.

—Y esa «zorra» de la que hablas —continuó Dex, señalándolo con un dedo amenazador— es Nadia Tarcelli. La mujer de Santino Calamonte. El tipo que paga tus facturas, según dicen. ¿Sabes lo que significa eso?

—¿Me has oído, maldito viejo? ¡Estás acabado!

—Significa que estás jodido, detective—sentenció, perdiéndose en las sucias calles de la Ciudad Vieja—. Muy jodido.



—¡La tarta de queso y manzana es para Miles y Road, Jean!

A Jean le gustaba trabajar en el Sam's por las mañanas. Sus compañeras perdían los nervios con el ajetreo de los clientes, el ir y venir, los gritos y el caos, pero a ella la calmaban. El trabajo lograba que su mente estuviera siempre activa, evitándole ahogarse en esos recuerdos que no hace mucho la destruyeron, que todavía la seguían destruyendo.

—¡Vamos, Jean! ¡Maldita sea, date prisa!

Jean ahogó una carcajada.

Los gritos de Ellie se oían más allá de la enorme y alargada barra metálica que bordeaba todo el local, llena de manchurrones y pegajosa. A pesar del vozarrón de su compañera, lo normal habría sido no escucharla y que sus demandas se ahogaran en aquel océano de ruido. Las viejas cafeteras silbaban como los antiguos ferrocarriles, los cubiertos agrietaban el silencio con resplandores plateados bajo el sol de la mañana que entraba a través de los enormes ventanales y el tintineo de las tazas bailaba en sus oídos como espumosas olas que rompen contra la roca.

Definitivamente, le encantaba trabajar en el Sam's por la mañana.

—Estoy en ello, Ellie —replicó Jean, sonriendo—. Cálmate.

Jean cogió la bandeja con los dos cafés y la tarta de queso y manzana, y se encaminó hacia las mesas. Allí, en una de las esquinas más alejadas de la entrada, esperaban Miles y

Road, como cada mañana. Eran dos tipos con sendas barrigas enormes y una personalidad adorable e inocente. Trabajaban en la maderera de Blackwood y el Sam's les venía de paso. A Jean le caían bien. Nunca causaban problemas y siempre la trataban con respeto. Eso era más de lo que una mujer podía desear en aquella ciudad.

—Buenos días, chicos —saludó Jean alegremente.

—¡Jean! ¡Qué alegría verte! —exclamó Road, haciendo hueco para que ella pudiera servir la bandeja y extender los cubiertos—. Pensaba que hoy era tu día de fiesta.

—Lo cambié para tomarme mañana el día libre. ¿Qué tal va todo por Blackwood? ¿Alguna novedad de la que deba enterarme? Ya sabéis que soy un poco despistada y no suelo leer los periódicos.

—Más o menos —respondió Miles con un tono lúgubre—. Dicen que han asesinado a una mujer esta noche, en la Ciudad Vieja.

—De pronto, el joven se inclinó hacia delante, miró de reojo hacia el resto del local y bajó mucho la voz, apenas un susurro inaudible—: Dicen que ha sido otra vez «El Fantasma de Blackwood» y que ha colgado a la víctima en el Árbol Negro.

—¡El Fantasma de Blackwood! —Jean debió levantar mucho la voz, porque los dos muchachos hicieron aspavientos con las manos para que bajara su tono—. Perdón, perdón... ¿El Fantasma de Blackwood? ¿No se supone que lo atraparon la semana pasada?

—¡Qué va! —replicó Road—. Eso es lo que intentan vendernos para que no vuelva a pasar lo que sucedió hace unos años con aquel tipo que asesinaba prostitutas, pero ya no pueden tomarnos por tontos. Esta vez no, ¿verdad, Miles?

Miles asintió con orgullo.

—Mi primo es policía. El otro día estuve con él y me aseguró que el Fantasma de Blackwood seguía suelto, que nadie del cuerpo tenía ni idea de quién era o dónde podía estar. Me dijo que estaban acojonados, que nunca había visto a sus jefes así. «Prepárate, Miles. Los viejos tiempos regresan».

—¿Los viejos tiempos? —preguntó Jean con curiosidad.

—¿Un fantasma en la ciudad? ¿Una oleada de crímenes? ¿Cadáveres colgando del Árbol Negro? —Road y Miles se miraron con cierto temor, pero también con orgullo—. ¿Cuánto hace que llegaste a la ciudad, Jean?

—Casi un año.

—Pues ahora sí que podemos decírtelo —asintió Miles—. Bienvenida a Blackwood.

La mañana había pasado en el Sam's en un suspiro. Varios clientes dormitaban en silencio, con las manos pegadas a la barra y los pies colgando de aquellos taburetes altos de color rojizo que contrastaban con los tonos azules y blancos de la cafetería. Un grupo de cuatro ancianos elevó la voz en una esquina, sentados alrededor de una de las mesas pegadas a los ventanales. Bebían cerveza y charlaban apasionadamente.

Los mismos de siempre en el sitio de siempre.

Con el tiempo, Jean llegó a pensar que eran una extensión más del propio Sam's. Le divertía pensar que, si algún día traspasaban el local y lo llevaban a otro sitio, aquellos hombres se irían junto al nuevo propietario. Era reconfortante pensar que, incluso en una ciudad como aquella, todavía existía alguien que estaba dispuesto a ser fiel.

—¿Estás mejor? —preguntó Jean a su compañera.

Ellie suspiró.

Había dejado su uniforme en el vestuario y vestía ropa de calle, con una larga melena castaña recogida en una coleta. Se movía con gracia, meneando sus enormes caderas como una de esas famosas bailarinas negras de los clubes nocturnos. Adoraba a esa mujer, aunque nunca se lo había dicho. Necesitaba acallar todos sus sentimientos. Era la única manera de no volver a sentirse frágil.



—No mucho —admitió Ellie, resignada—. Me marcho ahora, pero vuelvo luego para el turno de la tarde. No entiendo cómo puedes aguantar esto con tanta entereza, niña. El día menos pensado cojo la puerta y me voy. Y no vuelvo, eh. Te...

—...prometo por mi madre que no vuelvo —acabó la frase Jean, sonriendo—. Lo sé.

Se miraron con cariño.

Llevaban trabajando juntas cerca de un año y habían conectado desde el primer día. «Es difícil encajar con alguien en un mundo como este, sobre todo con alguien como yo», pensó Jean. Pero, cuando sucede, cuando lo haces, cuando te das cuenta, es mágico. Era algo tan tristemente inusual en su vida que no sabía cómo sentirse.

El sonido del colgante suspendido sobre la puerta, una suerte de pequeñas campanas oscilando en el vacío y golpeándose unas a otras como bolas de ábaco, acalló sus pensamientos. Era extraño que alguien entrara a esas horas; cuando empezaran las comidas, cuando Ellie volviera, esas campanitas apenas podrían distinguirse entre el gentío. Pero ahora habían resonado como la vieja iglesia de su pueblo natal, recordándole una vida que le fue arrebatada.

«No», se dijo Jean. «No pienses en eso ahora».

Un hombre mayor, con un enorme y alargado guardapolvos de color oscuro, marrón, moteado de polvo, entró en el Sam's. Tenía la mirada perdida y cansada, como si el tiempo lo hubiera derrotado. Portaba un sombrero de fieltro de búfalo y fumaba un tabaco igual de sucio que su atuendo. El olor a nicotina prendida y papel quemado le hizo arrugar la nariz. A Jean no le gustaba el tabaco, pero sí le gustaban los vaqueros. Le recordaban a su padre.

Apartó la vista de aquel hombre —que se había sentado junto a la barra y fumaba en silencio, esperando a ser atendido— y miró a Ellie.

—Oye, ¿te has enterado de que han matado a una mujer?

—Sí —respondió Ellie—. Me lo ha dicho la cuadrilla de Jackson esta mañana. Han debido de colgarla del Árbol Negro, como en los viejos tiempos.

—¿Por qué decís «como en los viejos tiempos»? Miles y Road han dicho lo mismo, pero no me han explicado el porqué.

Ellie agitó la mano, restándole importancia.

—Cosas de Blackwood —se limitó a decir—. Hace muchas décadas colgaban a la gente en ese maldito árbol para que todo el mundo lo viera. Cada cierto tiempo, aparece un asesino que imita aquella desagradable costumbre y despierta el recuerdo de los más ancianos, que disfrutan rememorando viejas historias y asustan a los jóvenes con leyendas de otra época.

—¿Tú no crees en esas cosas?

—¡Tonterías! Los viejos tiempos murieron con el ferrocarril. Ya no hay forajidos merodeando por Blackwood ni bandidos esperando en los caminos. Ahora los tenemos en la ciudad, cariño. Visten con traje y corbata, llevan maletines en las manos y pagan con fajos de billetes. La época de los jinetes y los revólveres murió hace mucho tiempo, Jean. No dejes que la nostalgia de esta tierra olvidada te confunda.

—¿Y qué me dices del Fantasma de Blackwood?

—¡Más tonterías! Un «juntaletras» escribió eso en un periódico y le ha dado una fama que no necesitaba. Los criminales tienen ahora la excusa perfecta para atribuirse una identidad que no existe. Ese Fantasma podría ser cualquiera, ¿me entiendes? Cualquiera. ¿Roban un banco por la mañana? Ha sido el Fantasma. ¿Asaltan una licorería por la tarde? El Fantasma. ¿Asesinan a alguien en la Ciudad Vieja? Otra vez el Fantasma.

—Dicen que solo ataca a los hombres de Santino.

—Otro que tal —resopló Ellie—. Mira, me marchó ya, ¿vale?

—Recuerda que mañana tengo el día libre.

—Lo sé.

El sonido de unos nudillos golpeando la chapa metálica de la barra rasgó el cálido ambiente del Sam's como una flecha de cristal. Jean y Ellie se giraron al mismo tiempo para mirar al hombre que había entrado en la cafetería. Este les devolvió la mirada y la sostuvo, sin hacer un solo gesto.

Ellie se acercó a él.

—¡Por el amor de Dios! ¡Cuánto tiempo!

—No metas a Dios en esto, chica —replicó el hombre. Su voz era grave y desgarrada, una especie de eco silenciado por la edad que se resistía a apagarse—. Ya sabes que hace tiempo que abandonó estas tierras.

—El que nos tenía abandonados eras tú, vaquero. ¿Cuánto hace que no te vemos por aquí?

—Cuatro años.

—¡Qué poca vergüenza! Te creíamos muerto, ¿sabes?

—Todavía no.

—¡Con lo que nosotros te queríamos! —exclamó Ellie, simulando indignación.

—Parece que nada ha cambiado por aquí —dijo el hombre, sonriendo—. Sigues siendo irritante, chica.

Ellie se echó a reír. Antes de marcharse, miró a Jean y levantó la voz para que pudiera oírla desde la puerta. Las campanitas repiquetearon furiosas sobre su cabeza.

—Ponle un café solo bien cargado al bueno de Dex, como le gusta a él. ¡Hasta mañana!

—¡Mañana no trabajo!

Pero se quedó con la palabra en la boca porque Ellie ya se había perdido al abrigo de aquella agradable mañana de invierno en el Oeste.

Negó con la cabeza, todavía con una sonrisa dibujada en el rostro, y le aproximó al hombre su taza de café. De cerca era mucho más grande y viejo de lo que se había imaginado, un anciano corpulento y robusto. Tenía los hombros ligeramente echados hacia delante, el pelo largo y canoso cayéndole como

una espumosa cascada más allá de su cuello, y la barba blanca y frondosa. Estaba delgado, pero se sentía fuerte, más un cowboy de las llanuras que uno de los ancianos que sobrevivían en la ciudad.

—Gracias —murmuró el hombre al coger la taza.

Su voz y su aspecto parecían pertenecer a otra época, como si lo hubieran arrancado del pasado y lo hubieran colocado allí, en el presente. Todo lo que decían que la vida había sido entonces residía en él. Aquel aire de otro mundo provocó en Jean un impacto de nostalgia inesperado. La llevó a lugares de su memoria que creía olvidados; o, más bien, que se había obligado a olvidar.

—De nada —musitó Jean, observándolo fijamente.

El vaquero le devolvió la mirada con unos ojos tristes y cansados. La piel le colgaba alrededor, vieja y arrugada, como un pergamino antiguo. Sus pupilas desprendían un vacío aterrador, un abismo hueco, horadado por el paso de los años. Era capaz de sentir los huesos debajo de su piel, testigos de tantos ciclos lunares que apenas entendía cómo podían seguir allí. Pero, sobre todo, pudo sentir su tristeza. Una tristeza profunda y real, sincera, como si una tragedia extendida en el tiempo llamara de nuevo a su puerta.

—¿Está usted bien? —preguntó Jean con un hilo de voz.

El hombre chasqueó la lengua.

—Un mal día, supongo.

—¿De qué conoce usted a Ellie?

—Solía venir mucho por aquí.

—Entonces, ¿por qué no lo había visto antes?

—Porque estoy retirado.

Jean enarcó las cejas y señaló hacia la mesa en la que los viejos seguían bebiendo y charlando.

—Aquí viene mucha gente de su edad.

—Ya —replicó con amargura—, pero a mí solo me quedan fuerzas para quejarme.

Apuró el café de un trago, dejó unos billetes sobre la barra del Sam's, se levantó y se ajustó el sombrero, moviéndolo elegantemente hacia Jean y agachando ligeramente la cabeza.

—Gracias por el café, señorita...

—Jean.

El hombre sonrió.

—Señorita Jean —repitió.

—¿Y usted es?

—Dex —dijo—. Dex Mountain. Que pases un buen día.

Jean juntó sus manos y lo apuntó con ambos índices, dibujando con ellos la forma de un revólver.

—Hasta la vista, cowboy.

El sonido de las campanitas volvió a repiquetear en la estancia.

Jean se quedó mirando la puerta por la que había salido el tal Dex Mountain. Se preguntó cómo habría sido su vida entonces y cómo sería ahora. A fin de cuentas, el mundo solo es una historia que nos inventamos hasta que encontramos una nueva historia que inventar. Probablemente, la de Jean hacía tiempo que había terminado y por eso solo encontraba cierto descanso en imaginar un final que mereciera la pena. Sin embargo, todo le llevaba siempre al mismo lugar.

Un destino inevitable.

Los nervios le jugaron una mala pasada al recoger las tazas desperdigadas por las mesas y se derramó un poco de café sobre el uniforme. La tela blanquecina se adornó de irregulares formas oscuras que poco a poco se fueron extendiendo sobre su pechera.

—¡Maldita sea! —exclamó.

Afortunadamente, siempre guardaba ropa limpia en su taquilla. Si algo había aprendido Jean en los últimos años, desde que inició aquella travesía de sufrimiento y olvido, era a ser previsora y a tenerlo todo preparado para cuando tuviera que huir de Blackwood.

Cuando tuviera que escapar de sí misma una vez más.



Dex abandonó el Sam's con la sensación de haber viajado al pasado. Hacía tanto tiempo que no visitaba la cafetería que ni siquiera conocía a esa jovencita de pelo rubio, desordenado y caótico. Le habían sorprendido sus ojos azules, casi transparentes. Tuvo la sensación de que lo auscultaron con extrañeza y frialdad, una mezcla entre respeto y curiosidad. Puede que fuera solo un espejismo, o un golpe de nostalgia por haber regresado al Sam's tantos años después, pero le había caído bien aquella chica. Y, sobre todo, le había gustado volver por allí.

El Sam's siempre había sido su refugio cuando aún era policía. Tenía un ambiente lo suficientemente recargado y abrumador como para perderse en uno mismo, abandonarse a los pensamientos y ordenar los polvorientos cajones del alma. Solía esconderse en aquel laberinto con olor a nicotina y café recién hecho para repasar los cabos sueltos de sus investigaciones, colocar todas las piezas del crimen en un puzle imaginario que solo él era capaz de ver. Allí, entre el ruido miserable de una ciudad en ruinas, Dex había intentado hacer del mundo un lugar mejor. El recuerdo del cuerpo resquebrajado y sin vida de Nadia le hizo admitir que quizás no se había esforzado lo suficiente. O puede que Blackwood no tuviera salvación.

Apenas había dado un par de pasos fuera de la cafetería cuando un joven policía uniformado lo sobresaltó.

—Buenos días, señor. Le estaba buscando.

El muchacho no superaría los treinta años de edad y parecía exhausto, como si hubiera corrido mucho para llegar hasta allí. Tenía los ojos castaños, a juego con su frondoso cabello, y dos grandes lunares en su barbilla imberbe. Una mirada le bastó a Dex para saber que era uno de los muchos jóvenes policías — como ese tal Ken Laramie que había conocido esta mañana— que habían ingresado recientemente en el cuerpo. Muchachos perdidos y sin rumbo que anhelaban la placa por pura desesperación, incapaces de encontrar su sitio en un mundo cada vez más olvidado. «La ausencia de vocación acabará con vosotros», solía decir Dex cuando hablaba con sus ex compañeros. Esa brecha generacional cada vez se hacía mayor, condenaba a aquellos muchachos a puestos administrativos, seres en las sombras que se dedicaban a golpear máquinas de escribir engordando en sus asientos, rechazando enfrentarse a lo que pasaba en las calles, donde los policías de verdad se jugaban la vida.

No es que Dex odiara a ese tipo de oficiales, pero sí creía que estaban echando por tierra todos los años de dedicación que había entregado. Un legado que, por otro lado, le había dejado de importar en el momento que firmó su adiós definitivo.

—Hola, señor Mountain —saludó de nuevo. Estaba nervioso, los brazos extendidos a los costados, las manos temblorosas tratando de aferrar una ayuda invisible—. Me llamo Paxter. Jack me ha enviado a buscarle. Me dijo que habría ido usted al Sam's.

—¿Qué tripa se le ha roto ahora? —gruñó Dex.

—Es por... Bueno, ya sabe. Por lo de la mujer que han asesinado.

—Nadia.

—Sí —asintió el joven, enérgico.

Se fijó en que Paxter tenía menos cuerpo que una pelota de béisbol y sonrió con malicia. En la comisaría habían reparado en esto y le habían dado una talla excesivamente grande. El muchacho parecía una medusa celeste en un océano de cemento. Le

irritó comprobar que el joven daba una sensación de abandono mayúscula y que eso no parecía importarle. Para ser honestos, a Dex le irritaba absolutamente todo desde hacía varios años; pero verlo ahí, delante de él, con toda la vida por delante, brillante, esperanzadora, casi infinita, sin ser capaz de hacerse cargo de su propia imagen... Le sentó como un puñetazo en el estómago. A fin de cuentas, somos lo que la gente ve de nosotros, a pesar de que la gente solo ve de nosotros lo que aparentamos ser.

—¿Qué quiere Jack? —inquirió Dex de malas maneras.

—Me ha pedido que le diga que tiene algo de información y que quizás le interese. Sobre la mujer asesinada, digo. Irá a su casa por la noche, cuando salga de la comisaría.

—No podía venir él a decírmelo y ha mandado a su mascota, ¿verdad?

—Tenía trabajo —respondió Paxter, dubitativo.

Dex rio, irónico.

—Ya. Trabajo. ¿Con cuál de ellas?

—No es por eso, señor Mountain. Jack es un hombre muy ocupado.

—Ocupado en el Blue Bird, ¿no?

—Sí, señor —reconoció finalmente Paxter, agachando la cabeza.

—Mira, chico —comenzó a decir Dex con una amarga sonrisa pintada en el rostro. Le puso una mano en el hombro al joven—: Si algo he aprendido en todos estos años que pasé junto a Jack es que da igual cuántas veces le veas intentarlo, siempre habrá una mujer allí para hacer que pierda la cabeza.

—Le dio un par de golpes en la espalda y meneó su sombrero en señal de despedida—. Gracias por el aviso, Ponter.

—Paxter —corrigió el muchacho.

—Como sea. Pero hazme un favor, ¿quieres? Cámbiate de uniforme y ponte uno de tu talla. Aunque no lo creas, la gente te observa y habla de ti. Ahora eres joven y pensarás que eso no es importante; yo también he sido joven y pensaba lo mismo, pero te aseguro que acabará importándote. Así que no



pierdas el tiempo, coge ese uniforme, devuélveselo al capullo que te lo dio y empieza a hacerte cargo de tu vida antes de que sea demasiado tarde y solo puedas arrepentirte.

El joven Paxter seguía mirándose la ropa cuando Dex dobló la esquina y se perdió en la inmensidad de Blackwood.

La ciudad no siempre fue un lugar miserable para él, aunque prácticamente ya no la reconocía. Había crecido tanto en las últimas tres décadas que a veces tenía dudas de si era el mismo lugar en el que había nacido y vivido durante toda su vida. Excepto la Ciudad Vieja —todavía sin asfaltar y donde seguía gobernando la temida, respetada e inamovible sombra del Árbol Negro—, el resto de Blackwood era de todo menos su ciudad. Y no es que hubiera crecido solamente a lo largo y a lo ancho, es que había empezado a crecer hacia arriba, algo que Dex no comprendía.

Cuando el ferrocarril apareció en la ciudad tres décadas atrás, los más mayores insistieron en que sería una moda pasajera. Ellos habían vivido en Blackwood mucho antes de aquella ilusionante maquinaria que escupía humo como un fumador compulsivo. «La gente se cansará pronto», decían. «Pasó lo mismo con la fiebre del oro en las minas del Este y al final todo el mundo se marchó». Pero la gente no se cansó. A los pocos meses de que se instalase aquel monstruo de la ingeniería moderna comenzaron a llegar más y más personas a la ciudad. Anhelaban empezar una nueva vida en un horizonte lleno de posibilidades.

Las conexiones geográficas que posibilitó el ferrocarril y que convirtieron a Blackwood en la capital del Oeste provocaron la llegada de riadas de empresas y empresarios, dispuestos a multiplicar sus riquezas sin esfuerzo. Las personas honradas, las pocas que quedaban por aquel entonces, o murieron a los pocos años de empezar esa vertiginosa revolución industrial y social, o hicieron el camino contrario a los nuevos habitantes de Blackwood: se marcharon lejos de la ciudad y nadie volvió a saber de ellos.

Ahora Blackwood era una metrópoli que se perdía en el horizonte. Había crecido de una manera tan irregular y des-

proporcionada que la Ciudad Vieja quedaba cerca del actual centro, donde empezaban a construirse unos enormes edificios revestidos de cristal que los más jóvenes llamaban «rascacielos». Esas bestias arquitectónicas, gigantes artificiales que rompían el cielo de Blackwood con tintineantes fulgores de plata, miraban con desprecio al amenazante Árbol Negro que quedaba a cientos de metros por debajo de ellos. Más allá, al sur de la ciudad, dormitaba el Distrito Financiero, un infierno de naves industriales que se amontonaban alejadas de la civilización. El resto de barrios era una amalgama desigual y descontrolada, a excepción de las viviendas periféricas entre las que se encontraba su hogar.

No es que Dex se quejara del crecimiento de la ciudad. Sabía que, debido a ello, su sueldo como policía aumentó considerablemente, nada que ver con los viejos tiempos en los que hacía de ayudante de sheriff. Cuando Blackwood creció, el resto del cuerpo también lo hizo. La carga de trabajo fue mayor, pero pronto se crearon distintos organismos e instituciones públicas que permitieron frenar el auge del crimen y acabar con la violencia en las calles.

«Fueron buenos años», pensó Dex.

Pasaron rápido, sin volver la vista atrás. El tiempo arrancó páginas del calendario, arrugó su piel, dobló su espalda y le permitió recordar a Nadia ocasionalmente. Es curioso que, años después, ella hubiera regresado para entrar de nuevo en su vida. Y es paradójico que lo hubiera hecho colgada frente a él en una de las oscuras ramas del Árbol Negro, obligándole a mirar a la muerte cara a cara y a preguntarse si su vida lejos de ella había merecido la pena.

Dex había intentado olvidarla durante cuatro décadas, pero por mucho que te esfuerces, nadie olvida un amor con facilidad, y menos si ha sido un amor verdadero. Los años que pasó junto a Nadia antes de que ella lo abandonara fueron como un sueño. Dex solía pensar que su vida se había detenido en el último beso que nunca se dieron. Creía que todo lo demás,

todo lo que había vivido tras el abandono, era una mentira, una pesadilla de la que pronto despertaría. Pero no lo era.

La soledad, el dolor, la traición. Eso era real. ¿Por qué no se despidió? No la había vuelto a ver desde entonces. Él se marchó al trabajo, como siempre. Besó su frente y la dejó dormida en su cama, en la cama de ambos. Tenía una sonrisa de felicidad dibujada en el rostro. El sol de la mañana entraba por la ventana y bañaba en oro su cuerpo desnudo, el mismo que hoy amanecía roto y desfigurado, pasto de la leyenda negra de Blackwood. No hubo explicaciones, ni excusas, ni despedidas. Tan solo la portada de un periódico, una foto de boda en blanco y negro que aún lo perseguía y un nombre.

—Malnacido —murmuró Dex.

Trató de despejar su mente. Eran demasiadas emociones, no podía perderse ahora en la furia del pasado. Tenía el odio tan calado entre sus huesos que no necesitaba más. Una vida de olvido, rabia e impotencia que el paso de los años solo había acrecentado. Llegó a culparse por algo que ni siquiera había comprendido, que nadie le había explicado jamás. El cuerpo sin vida de Nadia parecía haber resucitado aquel misterio, aunque lo cierto es que no se puede resucitar algo que nunca ha muerto del todo.

Apretó los dientes y sacó un cigarrillo de su pitillera. Notó cómo el humo se expandía por su interior, abrazando y raspando su garganta, el papel prendiéndose entre sus dedos arrugados, abriendo los brazos ante un final inevitable, como un reloj de arena que estalla entre segundos paralizados por el pánico de los días.

Dobló la esquina hacia Main Street y se perdió entre el gentío. Uno más entre la masa. Dex arrugó la frente, molesto por el ruido de los coches que se apilaban en la carretera. Detestaba aquellos vehículos.

La calle principal de Blackwood se extendía más allá de la vista, los enormes rascacielos de espejos recortándose al fondo, a medio construir. A la izquierda, una sombría forma

con ampulosos brazos, como un presagio de muerte que todo el mundo tenía presente en la ciudad.

El Árbol Negro.

Dex no pudo evitar volver a pensar en Nadia. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué había vuelto a Blackwood? ¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces? ¿Treinta? No, cuarenta; cuarenta años desde la última vez que la vio. ¿Quién sabe? Quizás nunca se fue de la ciudad. De alguna manera, era reconfortantemente triste creer que, a pesar de su abandono, todavía pensaba en él y no pudo dejarlo atrás del todo.

Cuando la vio colgada de aquellas oscuras ramas no fue capaz de pensar en ello, pero suponía que habría llegado a la ciudad debido a los negocios de su marido. A fin de cuentas, la mayoría de sus empresas estaba aquí. Le resultó raro no haberse enterado antes. ¿El considerado como «dueño de Blackwood» regresa a la ciudad y nadie le dice nada? Bueno, pensándolo fríamente... él apenas tenía amigos de verdad, a excepción de Jack. Probablemente, su ex compañero de trabajo no le había dicho nada para protegerlo. Además, Dex tampoco leía la prensa; al menos, desde que se había retirado. Seguramente, Blackwood había vivido en un estado de agitación constante desde la llegada de aquel hombre, pero él ni se había enterado. Sea como sea —sabiendo lo que sabía—, no debería haberle sorprendido ver el cadáver de Nadia esta mañana. Cuando te gusta bailar entre las llamas, lo más lógico es acabar reducido a cenizas.

A mediados de Main Street, Dex viró y se encaminó hacia los barrios periféricos de la parte suroeste. Vivía casi a las afueras de la ciudad, en una de las muchas urbanizaciones donde se hacinaba la clase media de Blackwood. Cuando los «tiempos modernos» que tanto detestaba Dex se habían impuesto a las viejas costumbres y la ciudad se había convertido en una metrópoli descomunal, con coches zumbando por todas las calles y avenidas, los tipos trajeados se habían adueñado del centro. La Ciudad Vieja se había quedado allí,

inamovible, anacrónica, alejada del resto, una especie de fuerza de la naturaleza imparable, como un río que bordea salvaje la mano del hombre y se adapta al entorno.

Todos aquellos barrios periféricos eran como el de Dex: decenas de hileras de casas amontonadas una tras otra, la pintura idéntica desconchándose en los mismos rincones por culpa de la humedad del verano. Pese a ello, le gustaba su hogar. Era una casa recogida y práctica. Un par de habitaciones, un baño, cocina, comedor y el porche, su lugar preferido. Siempre había deseado un sitio donde beber, fumar y olvidar durante las calurosas noches de Blackwood, cuando el sol se apaga y solo queda una brisa de fuego entre las sombras. ¿Acaso necesitaba algo más para vivir? Siempre había estado solo. A excepción de aquel oasis junto a Nadia, no había conocido a nadie más. Ni siquiera se lo había planteado. Después de ella, le costó tanto recomponer los pedazos que, para cuando aprendió a volver a respirar, ya se habían convertido en polvo.

Llegó a su casa cuando el disco solar estaba cerca de esconderse, lanzando rayos anaranjados y escarlatas que se expandían en derredor acariciando las altas y arenosas cumbres de Sandwest en el horizonte. Colocó su sombrero en el recibidor y el guardapolvos en el perchero, limpió con desgana sus altas botas tachonadas y suspiró, cansado. Dejó la puerta abierta y avanzó por el comedor. Decenas de papeles se amontonaban en el suelo, otros tantos libros encuadernados dormitaban sobre la alfombra, había un par de mantas de lana desperdigadas entre el sofá y el butacón, y un cementerio de cervezas vacías coronaba la mesa ovalada de cristal que reinaba en el centro de la estancia. Observó que la cocina estaba igual de sucia y desarreglada, y resopló. Pronto tendría que llamar a la hija de la familia Wiltherton, sus vecinos. Era una muchacha joven que, de vez en cuando, por un par de billetes, limpiaba su hogar y lo hacía un poquito más habitable. Lo malo es que le gustaba mucho hablar y eso le ponía de los nervios. Había pensado muchas veces en dar una vuelta mientras ella estu-

viera en la casa, pero tampoco se fiaba. A sus setenta y dos años, sabía por experiencia que no debía confiar en nadie.

Cogió una cerveza de la nevera y la abrió.

—¡Maldita sea, Dex! —exclamó una voz desde el comedor—. ¡Esto parece una pocilga! ¡Qué asco!

Un hombre de unos cincuenta años, rollizo, con el cabello anaranjado y un fino bigote a juego, peleaba con todo lo que había a su alrededor y ordenaba lo que podía a su paso con una mueca de fastidio.

—Yo también me alegro de verte, Jack —saludó Dex, irónico. Señaló a la cocina—: Sírvelo tú mismo. Hay whisky. Y del bueno. Me lo regaló Claymore hace unos meses. Todavía cree que me debe una.

—Y te la debe.

—El pasado está mejor cuando no sale a la luz.

—Hoy no has tenido mucha suerte con eso, ¿verdad?

Dex sonrió con amargura y levantó la cerveza.

Vio a su ex compañero visitar la cocina y escuchó el sonido del whisky acribillando el hielo, un repiqueteo similar al de la lluvia contra las ventanas. Se sentó en el butacón y torció el gesto, dolorido. La espalda se había convertido en un suplicio los últimos años y ya no recordaba un solo día sin uno de esos repentinos latigazos.

—Bueno, viejo, ¿cómo estás?

Jack arrastró una de las sillas de la cocina para sentarse a su lado.

—Aquí me ves —respondió Dex, mirando a la nada y perdiéndose en su cerveza.

Jack le tocó el hombro con delicadeza, apretándolo suavemente y mirando con cariño al que hasta hace unos años había sido su superior y había acabado convirtiéndose en un buen amigo.

—Lo siento mucho, tío. De corazón, te acompaño en el sentimiento.

La imagen de Nadia en el Árbol Negro volvió a su memoria y tuvo que reprimir las lágrimas; en su lugar, trató de sonreír.

—Gracias, Jack. De todos modos, hace mucho que la enterré. Hoy solo la he visto por última vez; al menos, he podido despedirme de ella.

Ambos guardaron silencio, hundiéndose en sus bebidas y en sus pensamientos. Nada de lo que dijeran traería de vuelta a Nadia o la vida que Dex tuvo con ella, la que podría haber tenido.

—¿Algún hilo del que tirar? —inquirió Dex, retomando la conversación.

—Imaginaba que querrías encargarte tú personalmente de esto, pero ya sabes que a mí no me han dado el caso.

—Supongo que te has enterado de lo que ha pasado esta mañana.

—Stan ha entrado en la comisaría hecho una furia. Le ha exigido a Claymore que hablara contigo y te prohibiera terminantemente que metieras las narices en esto. John no le ha hecho ni caso, como siempre.

—¿Has hablado con él?

—No, pero sí he hablado con el muchacho de Stan. Creo que le has causado una gran impresión.

—¿Ken?

—Sí, Ken Laramie. —Jack negó con la cabeza—. Menudo desastre de chaval. Ese crío llega a estar en nuestros tiempos y deja la placa la primera noche. Qué mala pinta tiene.

—Pues anda que el tuyo...

—¿Qué pasa con Paxter?

—Ese chico no sabe ni vestirse, Jack.

—No te metas con el bueno de Pax. Está bien, no parece el mejor policía para Blackwood, pero le queda mucho por aprender. Tiene talento.

—Va a acabar en administración.

—Espero que no, porque fue de los mejores de su promoción.

Dex resopló, divertido.

—Me lo debes —soltó Dex de sopetón.

—¿Qué?

—Me debes una.

—¿Por qué?

—Por aquella vez que te salvé el culo delante de Claymore y no perdiste la chapa. ¿Cómo se llamaba aquella rubia?

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Jack, llevándose las manos a la cabeza y mirándolo con incredulidad—. ¿Todavía te acuerdas de eso?

—Me lo debes —insistió Dex.

—Eres increíble. Maldito viejo rencoroso del demonio.

Dex se echó a reír.

—Muy bien —admitió finalmente Jack—, tú ganas. ¿Qué quieres saber?

—¿Qué tienes?

—Poca cosa. La única pista es ese maldito Fantasma de Blackwood, que parece estar detrás de todo lo que pasa últimamente en la ciudad. Pero si quieres saber mi opinión, creo que no existe ningún Fantasma.

—Pienso lo mismo. ¿Cuál es tu hipótesis, entonces?

Jack se llevó una mano al mentón, pensativo. Negó varias veces con la cabeza y dio un sorbo a su whisky antes de volver a hablar, bamboleando el vaso para hacer sonar los hielos contra el cristal.

—Guerra de bandas —sentenció.

—¡Venga ya, por favor!

—Escúchame, Dex —dijo con seriedad—. Santino Calamonte llevaba años sin aparecer por Blackwood. Ha vuelto porque sus negocios han caído en picado y las Grandes Familias de la ciudad se han comido su terreno. Dicen que ha regresado para firmar un contrato que le salve el culo, pero el resto de familias va a por él. En la comisaría lo sabemos, pero no podemos hacer nada. Lleva años comprando policías, sobornando al cuerpo; incluso se rumorea que tiene a Claymore en el bolsillo.

Dex lo miró, contrariado.



—John no es ningún corrupto.

—También lo creía yo, pero... Ya no sé qué pensar, Dex. Las cosas han cambiado mucho desde que te marchaste. Aunque no lo parezca, Blackwood está peor que nunca.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con Nadia?

—Era su mujer. ¿No te parece demasiada casualidad que se la hayan cargado cuando Santino ha vuelto a la ciudad?

—Tiene sentido —reconoció Dex—. ¿Qué vas a hacer?

—Nada —respondió Jack, encogiéndose de hombros—. Te lo he dicho, Stan se encarga del caso. No puedo hacer nada.

—Stan lleva años en nómina de Santino, no moverá un dedo con la investigación mientras el Don esté en peligro. Y tú sugieres que lo está.

—¿Cómo no le va a interesar cazar al asesino? Dex... Era su mujer. La quería.

—No seas ingenuo, chico —le recriminó con dureza—. Ese malnacido no quiere nada más que su dinero.

Jack volvió a encogerse de hombros y chasqueó la lengua.

—Lo que tú digas —aceptó con resignación. Se llevó una mano al pantalón y sacó de su bolsillo un papel rectangular—. Esto es lo único que he podido obtener en comisaría. Quizás te interese, estaba junto a las pertenencias de Nadia. Parece una tarjeta de visita, pero el nombre no me suena de nada.

Observó la tarjeta con curiosidad. Sintió la suavidad del gramaje en sus manos y pasó los dedos por las letras negras sobre fondo dorado.

«Dylan's Club».

Arrugó el entrecejo, tratando de hacer memoria. ¿Qué era Dylan's Club? ¿Un restaurante? ¿Un salón de fiesta? ¿Una empresa? Fuera lo que fuera, parecía un sitio importante. Y muy elegante, dada la calidad de la tarjeta. Lo lógico sería pensar que Santino estaba detrás, pero... ¿Y si Jack tenía razón? ¿Y si Santino amaba a Nadia?

«No», negó Dex para sí mismo. «Puede que Santino no sea el responsable de su asesinato, pero ella ha muerto por su culpa».

—¿Qué vas hacer entonces, viejo? —preguntó Jack—. Stan y Claymore te quieren lo más lejos posible del caso. Y, para ser sinceros, a mí tampoco me hace mucha gracia que te involucre... Pero te conozco.

—No lo sé, Jack. Todavía no sé lo que debo hacer.

—Te abandonó, Dex. Nadia te abandonó hace cuarenta años. No le debes nada a esa mujer. Y, sobre todo, no te debes nada a ti mismo. Sé que ahora crees que, quizás, podrías descubrir por qué se alejó de ti y se fue con ese maldito extranjero. Pero ¿de verdad te compensa?

—¿Cuándo ha compensado la verdad en nuestro oficio? —inquirió Dex con gravedad.

—Tuvimos nuestros momentos.

—Y todos fueron falsos.

—¿Por qué siempre eres tan cínico?

—¿Has visto el mundo en el que vivimos, Jack? Tú lo has dicho antes: esta ciudad no es la imagen que muestra de sí misma, ni siquiera en las calles. Blackwood es un cadáver en descomposición, un vertedero de oscuridad que ya no es capaz de ver la luz del sol. No se puede ir a mejor en un sitio como este.

—Pero podemos intentarlo. Por eso escogimos este oficio.

—Y fue precisamente nuestro oficio lo que nos demostró que era imposible. Hemos visto cosas que no todo el mundo podría aguantar, cosas inimaginables. ¿Recuerdas a todas esas mujeres descuartizadas? ¿O las niñas violadas, con sus pequeños y frágiles cuerpos destrozados? Has visto cómo es el hombre y cómo se comporta cuando su verdadera naturaleza despierta, chico. No puedes negar la verdad.

—¿Y qué debería hacer, entonces? ¿Tirar la toalla? —sugirió Jack, apesadumbrado—. Todavía tengo esperanza, Dex.

—¿Esperanza? ¿Todavía confías en que se puede cambiar el mundo, Jack? La fe solamente se sostiene en la promesa de que el día de mañana será mejor que el anterior. Pero una cosa es la fe y otra, la realidad. ¿No te das cuenta? Blackwood

ha colapsado. La población no para de crecer y cada vez hay menos trabajo y más miseria en las calles.

—¿Qué tiene que ver eso con nuestro trabajo?

—La gente se vuelve más dura, más cruel. Deben sobrevivir en unas calles sucias, con tipos como Santino y el resto de familias destruyendo todo a su paso. Los chavales de hoy en día no pueden identificarse con nada porque crecen completamente frustrados, sin sueños ni aspiraciones. Solo hay que ver a Paxter o a Ken para darse cuenta de que están perdidos, rotos por un mundo al que no saben si pertenecen.

—En eso debo darte la razón.

—Este mundo nos condena a vivir confusos, Jack —continuó Dex—. Nos obliga a envejecer aterrorizados y nos conduce a una muerte solitaria. Nos sentimos protegidos tras nuestros propios muros, pero es mentira. ¿Crees que a mi padre le salvó tener esperanza? Él creía en Dios, Jack, y la fe no paró la bala que le atravesó el cráneo. Ni siquiera era para él, joder. Pero así es la vida. Puede ser una del calibre 32 abriéndose paso por tu cerebro, o la mujer que te arrancó el corazón y lo escupió regresando de la nada para recordarte que nunca la mereciste. ¿Sabes cuál es la única verdad, Jack? ¿Quieres que te la diga?

—¿Cuál?

—Que el tiempo puede con todo, hasta con la esperanza.

Apagó el cigarrillo con rabia, golpeando la colilla contra el cristal del cenicero. El humo proyectó una sombra azulada en la estancia antes de consumirse del todo. Un silencio incómodo llenó el salón. Afuera, la luz del sol se extinguía por completo. Más allá, se adivinaba el contorno iluminado de los ventanales en los hogares.

Jack se levantó con solemnidad, una mueca parecida a la decepción impresa en su rostro. Le dio nuevamente un golpecito a Dex en el hombro.

—Me duele verte así, viejo —dijo—. De veras que me duele. Se hace tarde, me tengo que marchar. Pasaré a verte mañana,

¿vale? Si descubro algo que merezca la pena, lo que sea, te lo diré. Sabes que puedes contar conmigo.

—Gracias, Jack.

Las pesadas botas del policía resonaron contra el sucio suelo mientras avanzaba hacia la puerta, haciendo un sonido hueco que arañaba con crueldad el silencio del hogar.

—Jack —musitó Dex, dubitativo—, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Sufrió?

—Dex...

—Dímelo.

—Tú la viste, Dex. Tenía el cuello partido por la mitad y las extremidades destrozadas. No sé si la colgaron muerta, pero por lo que he escuchado... Lo siento, viejo. No tuvo un buen final.

Dex asintió en silencio.

—Buenas noches, Jack.

Desapareció, dejando un vacío que se apoderó inmediatamente de Dex.

Con el pecho ardiendo de rabia y un dolor agudo en la sien, se levantó para beber algo. Necesitaba alcohol. La botella de whisky seguía en la encimera con el tapón descorchado, incitándolo. Se sirvió un generoso vaso, lo apuró de un trago y abrió y cerró varias veces los ojos, recibiendo el caluroso impacto de la bebida en su estómago; inmediatamente, se sirvió una segunda copa igual de generosa y regresó al salón.

Cogió de la mesa la tarjeta que le había dado Jack y la observó con detenimiento.

—Dylan's Club —leyó en voz alta.

Trató de apagar sus pensamientos, pero era imposible. Una y otra vez veía la imagen de Nadia colgando del Árbol Negro: su cuerpo destrozado comenzaba a hincharse, el color de su piel se apagaba por momentos, su vida se había extinguido de la forma más cruel posible.

—Dylan's Club —murmuró de nuevo, obligándose a pensar en otra cosa.

Llevaba solo un par de años retirado y, aunque no le gustaba reconocerlo, todavía no había podido dejarlo atrás. Apreciaba su trabajo más de lo que quería admitir, sobre todo porque le permitía tener la cabeza en cualquier otra parte, ahuyentar aquello que tanto daño le había hecho.

Bebió de su copa, negando con la cabeza.

—Dylan's Club —repitió.

Su memoria lo llevó del cuerpo sin vida de Nadia al torso desnudo de la mujer hace cuarenta años. Él la tocaba. Recorría su espalda, palpaba sus pechos, encontraba su sexo. La miraba a los ojos y ella, también. Estaba hermosa.

—Te quiero, Dex —le dijo.

Pero era mentira.

Volvió a beber. Necesitaba más alcohol. Más. Le vendría bien. Regresó a la cocina para servirse un tercer vaso.

—Siempre serás el amor de mi vida —le prometió.

¿Por qué lo abandonó, entonces? Nunca lo había sabido.

—Dylan's Club —creyó musitar.

La cabeza le daba vueltas y sentía que su casa se movía en círculos. Su visión se volvió borrosa por momentos. El dolor de la sien y la espalda remitió, dando paso a ese placentero instante en el que sientes que todo va a ir bien, que nada malo puede pasarte.

Antes de cerrar definitivamente los ojos y abrazar la oscuridad, un último pensamiento lo asaltó. Si el tiempo puede con todo, hasta con la esperanza, y una promesa es un acto esperanzador...

Dex Mountain ya había desperdiciado demasiados años.

Entonces, se hizo una promesa. Una que solo podía hacerse en aquel momento, ebrio de alcohol, con el recuerdo de Nadia entre sus brazos resonando en lo más profundo de su ser.

Si la muerte lo alcanzaba, al menos descubriría antes la verdad.

Esa fue su promesa.



**H**abía anochecido cuando el Fantasma de Blackwood saltó de una azotea a la otra. El cielo era un cementerio de estrellas, una cúpula oscura moteada de luceros que titilaban sobre su cabeza. El Fantasma permaneció agachado, resguardado, tratando de no proyectar su sombra hacia ninguna dirección. Se movió lentamente, todavía en cuclillas, apenas provocando un ligero ruido al arrastrar sus pies sobre el tejado.

Asomó su cabeza por el borde y observó.

Cuatro figuras fumaban de pie, con la espalda pegada a uno de los edificios. Todas ellas vestían traje, un conjunto de dos piezas, camisa blanca, corbata y un sombrero pequeño ajustado a las coronillas. Nada nuevo para el Fantasma. Y mucho menos en aquella parte de la ciudad.

El Distrito Financiero de Blackwood estaba en la desembocadura del barrio más rico y opulento de la clase alta, al sur de la ciudad. Culminaba el recorrido en una necrópolis industrial, un camposanto de naves en las que se movía la mayor parte de los negocios de la ciudad, legales e ilegales. El Fantasma lo sabía. Eran muchas las noches que había vigilado desde lo alto aquel grotesco museo de cemento, rectángulos kilométricos que se extendían más allá del límite urbano y se perdían en el horizonte. Sin embargo, se sentía nervioso. Era la primera vez que tenía planeado dar un golpe allí. No estaba seguro de cuál debía ser su próximo movimiento, así que se limitó a aguzar la vista y a escuchar entre las sombras.

Trató de prestar atención a las suaves voces que traía el viento nocturno de Blackwood, pero no captó nada. Miró a su alrededor. Si se movía con cuidado, podría bajar sin que lo vieran por el costado derecho del edificio y colocarse justo encima de ellos. El Fantasma se tumbó bocabajo y arrastró su pecho por el suelo, despacio; cuando quedó fuera de la vista del cuarteto trajeado, rebasó el borde la azotea, se quedó suspendido en el aire y comenzó a bajar. Desde allí sí podía escuchar a los hombres hablar, pero cualquier movimiento alertaría su presencia. Al tocar el suelo, desenfundó dos rifles Winchester plateados que brillaron bajo los focos del Distrito Financiero, uno más corto que el otro, y los mantuvo pegados al costado.

—Dicen que el Don ha vuelto a la ciudad —escuchó el Fantasma.

—Y que se han cargado a su mujer —añadió otra voz.

—El jefe dice que ha sido una de las Grandes Familias, pero yo creo que ha sido el tipo ese que dicen en la prensa.

—¿El Fantasma? ¿Crees en esa estupidez?

—Hemos escuchado historias peores en Blackwood y todas acabaron siendo ciertas.

—Prefiero no pensar en ello, bastante tengo con este frío.

El Fantasma sonrió mientras comenzaba a escalar la fachada de otro edificio.

Le gustaba infundir miedo en sus enemigos, le daba seguridad. Cuando empezó, solo lo hacía por la necesidad de seguir moviéndose, por obligarse a sobrevivir de alguna manera. Pero ahora disfrutaba con ello.

Al llegar a la nueva azotea, repitió los mismos movimientos que en la anterior y permaneció escondido, escuchando, justo encima de las cabezas de los cuatro hombres que fumaban abajo. Ahora las voces le llegaban nítidas, claras, como si estuviera allí con ellos.

—¿Van a tardar mucho? —preguntó uno de ellos, tiritando de frío y frotando sus manos para entrar en calor.

—Ni idea. El jefe dijo que estarían aquí al anochecer. Supongo que se habrán retrasado.

—«El Orejas» últimamente no se entera de nada —matizó uno, visiblemente molesto.

—Cuidado con lo que dices, George. «El Orejas» paga tu comida y mantiene tu culo a salvo en esta ciudad.

—Eso es cierto —reconoció el tal George.

Los cuatro permanecieron unos segundos en silencio. Un farol centelló en la negrura, arrojando siluetas hacia la nada.

—Dicen que va a volver «La Prohibición» —soltó uno de ellos de sopetón—, que lo están votando en el Congreso.

—¡Y una mierda! No se atreverán. Y, de todos modos, ya nos estamos haciendo de oro desde que volvimos a la normalidad. ¡Imagina lo que podríamos hacer si prohibieran otra vez el alcohol! ¡En un par de años ganaríamos tanto dinero que podríamos largarnos de aquí!

—Solo de pensar en el negocio que haríamos en el Dylan's se me hace la boca agua.

El Fantasma arrugó el entrecejo, sorprendido, y se inclinó ligeramente sobre el rebajo del edificio para escuchar con más atención. Era la tercera vez que oía ese nombre. Y, si algo había aprendido durante el último año, es que en Blackwood no existen las coincidencias. Debía ser importante. Y quizás tenía que ver con el Don.

—¿Cuál es el plan, entonces? —indagó George.

—Esperamos, les damos la mercancía y cogemos el dinero. Fácil y rápido. Lo bueno de hacer negocios con Calamonte es la protección. El resto de familias ofrecen mucha más pasta, pero a Jimmy no le importa. Dice que, si estamos en el equipo de Santino, estamos en el bando ganador.

—Pues parece que el Fantasma la ha tomado contra él.

—¿Quieres parar ya de una vez con el Fantasma? ¡Me tienes hasta las narices con ese tema! No existe ningún Fantasma, ¿entendido? Estamos en Blackwood, si te vas a acojonar por cualquier historia que se hayan inventado en los periódicos



para asustar a los viejos y los niños, te sugiero que cambies de ciudad. Vete a Yellowrock, o a Valleytown, o mejor, vete a las Grandes Ciudades del Este y déjanos en paz.

—Vale, ya me callo.

—Mejor.

El crepitar de la grava comenzó a escucharse más allá de las naves industriales y, poco a poco, fue ganando cada vez más volumen en una letanía incesante. Los faros delanteros de un vehículo elegante de color negro dibujaron alargadas sombras en las paredes del edificio donde se escondía el Fantasma. Se protegió de la luz y se apretó contra el suelo, manteniendo la respiración y tratando de no hacer ningún movimiento o ruido involuntarios. Podía sentir la adrenalina a través de su cuerpo, navegando por sus venas, despertando sus fibras nerviosas como estambres de una flor. Como era costumbre, la mano derecha se movió, ansiosa por entrar en acción.

«Aguanta un poco», se dijo el Fantasma. «Todavía no».

Dos figuras, también trajeadas, salieron del coche. Portaban armas finas y alargadas, con un extraño tambor circular en uno de los costados y la culata de madera. Parecían modernas. Seguramente eran capaces de disparar muchas balas en pocos segundos. El Fantasma tragó saliva y miró los dos Winchester, sus compañeros de viaje, dos rifles plateados que le habían descubierto quién era en realidad y le recordaban quién había sido en otra vida.

Los dos hombres armados avanzaron hacia el cuarteto, que había enmudecido, expectante.

—Buenas noches, caballeros —saludó uno de los hombres. El Fantasma trató de identificarlo, pero no pudo ver nada bajo el sombrero de ala corta grisáceo que le cubría el rostro—. ¿Habéis traído lo nuestro?

—Por supuesto, señor. Diez kilos, como habíamos acordado.

—Ha habido un cambio de planes —reveló el segundo hombre.

—¿Un cambio de planes?

—Os pagamos la mitad ahora. La otra mitad tendrá que ganársela tu jefe. El Don está perdiendo la confianza en «El Orejas».

—Ese no era el trato.

El hombre armado se encogió de hombros.

—El trato era que vosotros protegíais a Santino y su familia mientras estuvieran en Blackwood. Su mujer fue asesinada ayer. Desde mi punto de vista, tendríais que estar muertos. Conformaos con la mitad del dinero.

—Y, ¿qué le decimos a nuestro jefe?

—Decidle a Jimmy «El Orejas» que se reúna con Jasper. Él se encargará de lo demás. Eso es todo.

El Fantasma sonrió.

Llevaba días buscando a Jimmy «El Orejas» y ahora se lo iban a entregar en bandeja. Sabía quién era Jasper, un tipo larguirucho y pálido, a medio camino entre varias familias, pero fiel al Don. Desde luego, un hombre peligroso al que no había que tener como enemigo. Al menos, le serviría para dar con Jimmy «El Orejas». Él podría decirle cómo encontrar a Santino Calamonte.

—Si todo va bien —explicó el hombre armado—, le daremos el resto del dinero. ¿Algún problema?

—No, no. Ninguno. Pero a Jimmy no le va a hacer gracia.

—Me es indiferente el estado de ánimo del Orejas. Vosotros entregad el mensaje y quedaos el dinero. El resto es cosa nuestra.

Aunque ya tenía lo que había ido a buscar —la información—, aquella era una oportunidad perfecta. Y, además, era dinero fácil. No se puede ganar una guerra sin tener algo en los bolsillos, ¿no?

Sentía todo su cuerpo en acción. Un zumbido eléctrico le recorrió la espalda. Era un susurro de energía que golpeaba su alma como una locomotora, sacudiéndole en todas las direcciones. Era una hoja mecida por el viento que espera bañarse en un charco de sangre.

No dudó. Se levantó lentamente, tiró hacia atrás el percutor de sus rifles haciendo un ligero «clic» casi imperceptible y apuntó.

—¡Eh, chicos! —gritó el Fantasma—. Bienvenidos a mi ciudad.

Disparó hasta dos veces antes de que ninguno de los seis se diera cuenta.

Un proyectil impactó en el pecho de uno de los hombres de Santino, empujándolo hacia atrás y lanzándolo al suelo con un agujero del que manaba un reguero de sangre.

La otra bala acertó en la cabeza de uno de los hombres del Orejas, que se desplomó contra el pavimento haciendo un ruido seco y desagradable.

El resto gritaron y dispararon en dirección a la azotea, pero ya era tarde. Se movió con rapidez, como tanto le gustaba. Con agilidad y sin pensarlo dos veces, saltó a ciegas con los brazos extendidos hacia arriba, dispuesto a colgarse de uno de los salientes. Se aferró a uno de ellos con dificultad, descolgándose nuevamente e impactando con dureza en el suelo.

Ahogó un grito y corrió para resguardarse, cojeando un poco y arrastrando ligeramente el pie.

—¿Quién eres? —gritó una voz—. Te vamos a matar, cabrón.

El Fantasma esperó, agazapado. Vio cómo los cuatro supervivientes doblaban la esquina en su busca, tres de ellos portando pequeños revólveres desgastados y un cuarto con aquel subfusil.

—Será mejor que nos dividamos —dijo el hombre de Santino—. Dos y dos; vosotros por allí, nosotros iremos por la izquierda.

«Perfecto», celebró el Fantasma.

Sería más fácil deshacerse de dos que de cuatro, a pesar de que alertaría a los otros cuando disparara. Si pudiera matarlos con el cuchillo... Negó con la cabeza y siguió escondido en aquella esquina, la espalda pegada a la nave industrial, sin asomarse a mirar.

Colocó su rifle alargado en la espalda, pasándose el cinto por la pechera, y mantuvo en alto el recortado. No necesitaba comprobarlo: sabía que estaba cargado. Era un arma rápida y precisa, sobre todo en distancias cortas. Estaba en inferioridad numérica, pero contaba con el factor sorpresa.

Sacó ligeramente la cabeza para comprobar dónde estaban sus enemigos y, antes de darse cuenta, un proyectil impactó justo encima de su cabeza, astillando la pared de cemento y lanzándole virutas.

—¡Ahí está! ¡Lo he visto!

Sin tener tiempo para reaccionar, el Fantasma rodó y disparó casi a ciegas sobre uno de sus objetivos.

El hombre más cercano cayó al suelo, llevándose una mano a la pernera y devolviendo el disparo, que se perdió en la negrura del crepúsculo con su eco resonando.

Aprovechó los gritos de dolor de su enemigo y la confusión del compañero, que estaba a unos metros de él sin saber cómo reaccionar, para seguir rodando. Giró sobre sí mismo varias veces, consciente de que una bala podía atravesarle en cualquier momento, sintiendo el abrazo invisible de la pólvora ardiente besando su piel. Los proyectiles silbaron muy cerca del Fantasma, rebotando contra el suelo, levantando una polvareda con olor a ceniza que le trajo aciagos recuerdos de una vida anterior.

—¡Mierda! —exclamó el Fantasma, apoyando el pecho contra el suelo.

El hombre había fallado, así que era su turno.

Descargó un par de ráfagas desde el suelo, tratando de impactar en sus pies. Por suerte, una de las balas acertó cerca del tobillo, haciendo que trastabillara.

Sin darle tiempo a reaccionar, el Fantasma se enderezó poniendo una rodilla en el suelo y disparó, esta vez acertando en el pecho del hombre que se derrumbó con una herida de muerte pintada de escarlata.

Su compañero, todavía en el suelo aullando de dolor, sus manos peleando con la pantorrilla para tapan el agujero por el que se le estaba escapando la vida, gimoteó pidiendo auxilio.

Pero ya era tarde.

El Fantasma disparó a quemarropa sobre su rostro congestionado por el terror, abriéndole el cuero cabelludo y barnizando la grava con una amalgama de huesos, vísceras y sangre.

«Dos menos», celebró el Fantasma, volviendo a esconderse.

Los otros no tardaron en llegar siguiendo el sonido de las balas y los gritos de terror de las víctimas. Encontraron los cadáveres y uno de ellos, el que se llamaba George, se llevó las manos a la cabeza. Parecía a punto de llorar.

—¡No puede ser, tío! ¡Vámonos! ¡Tenemos que irnos!

El hombre de Santino le propinó una bofetada.

—No pierdas los nervios, maldita sea. Somos dos contra uno. Debemos ser pacientes y esperar nuestro momento.

—¿No te das cuenta? ¡Es el Fantasma! ¡Es inmortal! ¡Nadie ha podido cazarlo jamás! ¡Ni siquiera vosotros habéis podido dar con él!

—Escúchame atentamente. No existe ningún «Fantasma». Esto es cosa de las Familias.

El Fantasma rodeó a los dos hombres, la espalda apretada contra la pared, el rifle recortado en alto, preparado para la acción. Siguió moviéndose hasta colocarse en el extremo opuesto al que ellos estaban.

—Ve por allí —ordenó el hombre del subfusil, señalando hacia una de las esquinas con el arma—. Si no quiere dar la cara, entonces lo sacaremos de las sombras. —Gritó a la oscuridad—: ¿Me oyes, cobarde?

Sigilosamente, el Fantasma se acuclilló y permaneció en el recodo más cercano al hombre de Santino. George, con su revólver temblando en las manos, quedaba a unas cuantas decenas de metros por delante. Apuntaba hacia todas las direcciones sin saber muy bien qué hacer.

Entonces, comprendió el plan del hombre de Santino.

«Lo está usando como cebo», se dijo a sí mismo.

Tenía la ventaja. Podía coger desprevenido a su objetivo, apenas a unos pasos del Fantasma. Si se movía con cuidado, despacio, sin levantar ruido, quizás tuviera una oportunidad. Y entonces se marcharía de allí con el dinero. Era el golpe perfecto.

Puso en marcha su plan y comenzó a avanzar hacia el hombre trajeado en cuclillas, sus pies apenas susurrando sobre la gravilla. Estaba tan cerca que podía captar su olor a sudor, pólvora y nicotina.

—¿Dónde estás, capullo? —murmuró.

No reculó, porque ya era tarde.

El hombre quedaba a su alcance y habría sido más sencillo disparar contra su espalda con el Winchester recortado, pero sería mejor mantener a George alejado de allí. Se llevó una mano a la bota y sacó de ella una daga pequeña y afilada, más parecida a una cuchilla de afeitar que a un arma. Era ágil, práctica y sencilla; al Fantasma le encantaba. Con un preciso y bello giro de muñeca, le cortó la garganta. El hombre sintió el corte y abrió mucho los ojos, sorprendido. El Fantasma le tapó la boca para silenciar sus gritos y lo arrastró hacia atrás. De la herida manaba un manantial de sangre poderoso e ininterrumpido, con furia, bañándole las manos que recibían mordiscos y espumarajos de una vida que peleaba por no extinguirse. Pudo olerla y casi saborearla en sus labios, ese metal rojo al que tanto se había acostumbrado desde que estaba en Blackwood.

El cuerpo todavía seguía zarandeándose, la carne volviéndose blanca por momentos, cuando el Fantasma torció el recodo por el que había aparecido y limpió el filo ensangrentado encima del traje oscuro. Dejó allí el cadáver, regando el suelo con los últimos instantes de su existencia, y puso rumbo hacia George, su último objetivo.

Bordeó el edificio contiguo para ir en busca del último superviviente y, cuando lo vio, guardó la daga y el rifle recor-

tado y sacó el otro Winchester que bailaba en su espalda. Se deslizó entre las sombras y captó el fulgor argénteo del arma, que lanzaba pequeños destellos en la oscuridad, apenas imperceptibles, como una estrella solitaria en un cielo encapotado que rasga la tela crepuscular para asomar su luciérnaga desde el balcón negro.

—No, por favor —suplicó George. Su voz y su cuerpo temblaban, sus manos apenas podían resistir el peso del revólver que trataba de enderezar para apuntar a una nada invisible—. Por favor, no me hagas nada. No me mates.

—¿Quieres vivir, George? —preguntó el Fantasma, todavía oculto.

—¡Sí!

—Entonces tira el revólver, ponte de rodillas y coloca tus manos sobre la nuca. Y quizás perdone todos tus pecados.

George no dudó un instante.

Lanzó su arma al suelo y colocó sus rodillas en el piso. Se rindió de una forma tan penosa que incluso arqueó su cuerpo hacia delante y la cabeza hacia abajo. Lloraba y seguía temblando cuando el Fantasma salió de las tinieblas y caminó hacia él, apuntándolo con su rifle. El pelo, largo y oscuro, caía sobre su espalda. Tenía las manos, la camisa y el pantalón ensangrentadas, y se movía con una amenazadora delicadeza.

El hombre levantó ligeramente la cabeza cuando escuchó las pisadas; curioso al principio, sorprendido después y, finalmente, incrédulo, mirando al Fantasma como si no terminara de creérselo.

—No puede ser —murmuró—. Eres...

—Sí, soy el Fantasma —cortó, tajante—. Y te voy a dar una oportunidad que no le doy a todo el mundo. Siéntete afortunado.

—¿Me vas a matar?

—Quizás. Eso depende de ti.

—¿Qué necesitas? Haré lo que sea. ¡Lo que sea, de verdad!

—Necesito dos cosas. La primera es que me digas dónde se van a reunir Jimmy «El Orejas» y Jasper. —George miró al Fantasma, atónito, y este puso los ojos en blanco—. ¡Oh, por favor! Os he escuchado antes, no te hagas el sorprendido y dime dónde.

—No... No lo sé.

El Fantasma cargó el Winchester con teatralidad. El eco del chasquido resonó en la oscuridad de Blackwood como una amenaza de muerte.

—¡De verdad! —gritó aterrorizado George—. ¡No sé dónde será la reunión, no nos han dicho nada!

—Se te está acabando el tiempo, George.

De pronto, al hombre se le iluminaron los ojos.

—Pero... Pero sí que puedo decirte cuáles son los sitios a los que suele ir más a menudo para celebrar este tipo de reuniones.

—Parece que ya hablamos el mismo idioma —expresó el Fantasma, agradecido—. Te escucho.

—Últimamente vamos mucho al Alan's y a las colinas de los gitanos. Si yo fuera Jimmy, seguramente elegiría el Alan's. Es recogido, allí nadie pregunta nada, nadie se va de la lengua. Es todo lo que puedo decirte.

—Muy bien.

—¿Qué hay de la segunda cosa?

—Quiero que les lleves un mensaje a tu jefe y al resto de la comunidad criminal de Blackwood. Diles que me has visto y que el Fantasma es real. Cuéntales quién soy; seguramente no te creerán, pero hazlo igualmente.

—Lo haré.

—Y ahora, lárgate.

El Fantasma descargó el rifle y volvió a colocarlo en su espalda. Se adivinaban dos revólveres en su cintura, colocados en una canana doble de piel con balas, además de los dos Winchester plateados y el cuchillo de su bota.

Acompañó a George hasta la zona de la reunión, los cuerpos desperdigados por el camino como un resumen de la



noche. George estaba a punto de desfallecer. Se frotaba las manos con nerviosismo y evitaba mirar el trágico destino que había esquivado, sintiéndose el hombre más afortunado de Blackwood.

—Por el amor de Dios —musitó George. Se paró de pronto y miró al Fantasma—: ¿Por qué haces esto? ¿Qué te hemos hecho?

El Fantasma permaneció unos segundos en silencio, pensativo, sin saber qué responder; finalmente, se encogió de hombros y sonrió.

—Digamos que alguien me robó algo y voy a hacerle pagar por ello.

—¿Y lo que tú le quitas a los demás? —preguntó George, señalando dos de los cadáveres.

—No te confundas, George. No creas que soy una especie de justiciero que ataca a los criminales y reparte las ganancias con los más desfavorecidos. —El Fantasma se aproximó hasta el maletín que reposaba en el suelo. Forcejeó con la cerradura hasta escuchar el «clic» y comprobó que había dinero en el interior. Los billetes se apilaban dentro, compilados en un compacto rectángulo del tamaño y la profundidad de la caja—. Los héroes nunca han existido. Son las circunstancias las que nos mueven a hacer lo que hacemos. Esto no va de héroes ni de villanos. No es el mal contra el bien, George. Es la ley del Oeste. Aquí solo existe el horror.

El Fantasma dejó atrás al hombre trajeado y se lanzó a la oscuridad, abrazando la noche. Sentía el calor de sus Winchester en la espalda y el abdomen, el olor de la pólvora que tantos años antes lo había atormentado ahora era un compañero de viaje, una prolongación de su propio cuerpo. Quizás, en otra vida, en otro mundo, en otro tiempo, el Fantasma ni siquiera habría podido imaginarse haciendo lo que hacía. Pero si algo había aprendido en los últimos años, desde que había apretado por primera vez el gatillo de un rifle, es que hay lugares de los que ya no se regresa.

Uno es la muerte; el otro, la pérdida.



Jean se miró al espejo y negó en silencio.

Apenas podía reconocerse ya, con aquellas bolsas amaratadas debajo de los ojos. Un mausoleo de cansancio. La pesadilla ininterrumpida del pasado acechándola en todo momento. Su delicada belleza, antaño algo que apreció como una virtud heredada, había tornado en un rostro duro, afilado, arena golpeada por el mar que ya no siente ni padece, que solo espera una nueva y violenta arremetida de las olas. De todos modos, eso ya no le importaba; hacía mucho tiempo que había dejado de importarle.

Hinchó los mofletes y resopló. Trató de esquivar el reflejo que parecía juzgarla. Se acercó a un pequeño balde de agua y se limpió el cabello con desgana. Su pelo rubio, una melena larga y descontrolada que caía sobre su espalda, era un amasijo de fulgores dorados.

No había terminado de secárselo, sentada todavía en un pequeño taburete, peleando por alisar los húmedos rizos, cuando escuchó el sonido de la puerta.

—Jean —la llamó una voz femenina—, ¿estás en casa?

—Sí —contestó, devolviendo la toalla a su sitio—. Estoy en el baño. Ahora salgo.

Echó un último vistazo al espejo y suspiró.

En el comedor esperaba Becka. Tenía el pelo castaño y largo recogido en una coleta, la cara rolliza moteada con minúsculas pecas que se multiplicaban con el sol y una sonrisa

tímida e inocente, como si pidiera perdón por sonreír, como si no tuviera derecho a ser feliz. Esa inocencia y timidez estaban impresas también en su personalidad, la convertían en una persona frágil y asustadiza, un animal agazapado y tembloroso rodeado de hambrientos depredadores. Por eso, Jean se había prometido cuidarla desde que se conocieron accidentalmente en la parte trasera de su granja, hace ya diez años, después de que su mundo explotara en mil pedazos, antes de que empezara a recomponerlos. Las unía algo más que la amistad y el cariño. A fin de cuentas, cuando pierdes todo lo que tienes, te aferras desesperadamente a cualquier cosa que parezca devolverte a la realidad, aunque sean pequeños instantes, momentos perdidos en el tiempo que te recuerdan —a duras penas— que vale la pena seguir luchando.

Becka la miró, nerviosa.

Sabía lo que quería, pero no estaba de humor para aquello, así que se fue a la cocina a por algo de beber. Estaba pegada al comedor, separada solamente por una pequeña barra en la que solían guardar comida y utensilios. Buscó la botella de whisky, palpando a ciegas en el mueble superior, moviendo los vidrios y haciéndolos tintinear unos con otros.

Se puso de puntillas y gruñó, molesta.

—¿Ya no queda whisky?

—No —dijo Becka desde el comedor—. Te lo acabaste ayer.

—¿Y no has comprado?

—Me he olvidado.

—¡Joder!

Jean asió a regañadientes una botella de aguardiente que sabía a ceniza. Lo detestaba, pero era lo único que había y necesitaba ahogar rápidamente sus pensamientos en la bebida. Se sirvió una medida y la apuró de un solo trago; inmediatamente, se sirvió un segundo vaso, esta vez mucho más generoso que el anterior, y se dejó caer en el sofá.

Becka seguía observándola. Aguardaba en silencio, como si no se atreviera a decir algo que pudiera molestarla. Incómoda, Jean devolvió la mirada a su amiga.

—¿Qué pasa, Becka?

—¿Cómo fue?

Jean encogió sus hombros.

—Como siempre, supongo.

—Pero ¿lo hiciste?

—¡Oh, por favor! —exclamó, indignada.

—Jean, en serio.

—Sabes perfectamente que sí.

Becka suspiró, aliviada.

—Y tú, ¿cómo estás?

—No es la primera vez que lo hago —se limitó a decir. Sacó de su pantalón un fajo de billetes y los arrojó encima de la mesa. Después, volvió a hundirse en el sofá, disfrutando del mullido abrazo que cobijaba su espalda—. No lo pienses más, ¿vale?

—Gracias, Jean. De verdad, gracias por todo lo que haces.

Jean sonrió.

Tras dar un último trago al aguardiente, se levantó despacio, se acercó a Becka y ambas se fundieron en un cariñoso y prolongado abrazo. Dos vidas perdidas encontradas por el azar; o, más bien, por el capricho de un mundo violento, doloroso y miserable. Desgraciadamente, Jean Pollock había aprendido por la fuerza que no hay unos hilos del destino que mueven a los hombres, sino hombres que mueven esos hilos y se encargan de romper los de los demás.

—Me voy a dormir, Becka —murmuró Jean—. Estoy agotada, necesito descansar.

Le dio un beso en la mejilla y Becka le revolvió el pelo cariñosamente.

—Buenas noches, Jean.

Dejó a su amiga en el comedor. Imaginaba que, como todas las noches, se perdería en aquellos libros románticos que le gustaba leer. Los devoraba con fruición, quizás con el deseo de ser la protagonista de una historia como esa, anhelando algo tan ajeno a ella que solo podía ser real en la ficción. No la envidiaba, desde luego. Jean, al menos, lo había conocido, aunque el final del cuento no hubiera sido el que había imaginado.

A sus treinta y dos años, se le había olvidado vivir.

Encontraba cierto reposo en los sueños, pero solo cuando las pesadillas no la asaltaban y el pasado volvía a morderle en la penumbra. Cuando eso sucedía, se despertaba en mitad de la noche, rodeada de oscuridad, el cuerpo bañado en sudor, sus manos temblando violentamente, el pecho ardiéndole, una opresión rebuscando en su interior, asfixiándola, obligándole a encogerse en la cama, a llorar en silencio recordando la arena, la sangre y el olor de la pólvora.

—Arnold —susurró—. Jaycen.

Ordenó el desastre que era su habitación y recolocó donde pudo sus pocas pertenencias. Un titilar plateado brilló en la oscuridad cuando la luz de la luna atravesó la ventana, iluminando tenuemente la estancia. Jean miró hacia la pared, hacia el lugar del que provenía aquel resplandor premonitorio.

No pudo evitar sonreír.

—Arnold —repitió—. Jaycen.

Los echaba tanto de menos...

Conoció a Arnold cuando apenas tenía quince años y se enamoró perdidamente de él. El padre de Jean, un vaquero de Moontail, un pequeño pueblo al sur del país, no opuso resistencia al noviazgo. La familia de Arnold era conocida en la localidad, buena gente que se había mudado a Moontail a principios de siglo para dedicarse al comercio. Tenían una pequeña tienda en la que vendían prácticamente de todo, es-

forzándose por traer los mejores productos al pueblo, incluso los más novedosos; algo que, por supuesto, agradecían todos los lugareños.

Al principio, a Jean le sorprendió sentirse tan atraída por aquel muchacho introvertido e inteligente. Era un hombre paciente, tranquilo, nada que ver con la personalidad agitada y ansiosa de ella, una joven emocional que vivía todo con una intensidad extrema. Sin embargo, acabó descubriendo que se amaban tanto siendo tan dispares que su amor era en esencia un solo ser. Pero, desgraciadamente, no hay espacio para el amor en un mundo como este. Y Jean no tardó en aprender esa lección.

Por eso se negaba a olvidar.

No quería perderlos en su memoria, a pesar del dolor y el sufrimiento que le provocaban todos esos recuerdos. De alguna manera, sentía que debía pagar ese precio, que ellos, su marido y su hijo, no querrían ser olvidados.

Negó en silencio y comenzó a desvestirse.

El suave brillo argénteo que proyectaba el ventanal abrazó su cuerpo desnudo, lleno de magulladuras. Seguramente, aquella vida acabaría con ella, pero merecía la pena intentarlo. Trató de poner en orden sus pensamientos, alejando los malos y concentrándose en lo que era real. Notó sus ojos húmedos y se mordió el labio, rabiosa.

Sentándose en el borde de la cama, alargó el brazo hacia la mesilla de noche y cogió un cuadernillo sobre el que garabateó y tachonó en una de sus hojas. Quiso sonreír, pero apenas torció el gesto, sintiendo el peso de sus actos sobre las espaldas.

Se tumbó en la cama, se arropó con las mantas y cerró los ojos. Había sido un día largo y duro, otro más que se sumaba a la amplia lista de los últimos meses. Por suerte, si todo salía como ella esperaba, aquella vida acabaría para siempre en los próximos días.

Y entonces podría descansar en paz de una vez por todas.



—Para aquí, Michael.

Santino esperó a que el motor del Bugatti Royale dejara de rugir y salió del alargado vehículo negro, con su lacio y cuidado pelo negro engominado y alguna cana rebelde adornando su cabellera.

Había visto uno de esos quioscos en los que vendían prensa y comestibles, un ornamentado escaparate al aire libre colocado en mitad de la calle de manera aleatoria, como si hubiese surgido del propio asfalto. Los diarios se apilaban en el suelo, junto a otros dominicales. También había libros de segunda mano, con los lomos dañados y las páginas amarillentas. El olor de los dulces se mezclaba con el del papel y el del sudor de clientes y curiosos. Santino arrugó la nariz, apartando a un par de ellos, tratando de abrirse hueco a empujones.

Por fin, logró coger varios periódicos y arrojó un billete al tendero, sin esperar a que le diera las vueltas, deseoso de dejar atrás a la apetosa muchedumbre, de volver al abrigo del cuero de su lujoso automóvil.

—Arranca —ordenó nada más regresar.

Escuchó el ronroneo del motor y cerró los ojos, disfrutando del placer del refugio de la soledad. Encendió un enorme puro, dando pequeñas caladas a la base, escupiendo restos de tabaco que se le pegaban a los labios, y se sumergió en la lectura del primer diario.

El *Blackwood Observer* llevaba en portada la última inauguración de un opulento y lujoso cine en el centro de la ciudad, casi en el límite del Distrito Financiero. Iba dirigido, sobre todo, a los

más adinerados y se trataba de la última inversión legal que había hecho Santino en Blackwood, mucho antes de su regreso. La construcción había sido una gran jugada. Movi6 con su mano derecha una gran suma de dinero destinada al proyecto y recogió con la izquierda una buena parte del mismo, regalando otro porcentaje igual de generoso a sindicatos, policías y políticos. Ojalá el resto de sus negocios fueran tan provechosos, pero lo cierto es que, últimamente, alguien se estaba interponiendo entre sus intereses y él. Y esos contratiempos estaban empezando a pasarle factura.

—«El Fantasma ataca de nuevo» —leyó Santino en la portada del *Tribune*, dejando el *Blackwood Observer* sobre el asiento encue-  
rado. Soltó un ligero tosido que emulaba una carcajada y negó en silencio, con una media sonrisa que desdibujó su rostro y amplió su fino y arreglado bigote—. ¿Qué te parece, Michael?

—Lo he visto esta mañana, jefe. Se cargó a dos de los nuestros y a tres del Orejas. Uno de la banda de Jimmy escapó y anda diciendo tonterías por la ciudad sobre la identidad del Fantasma.

—¿Algo que deba saber?

—Nada interesante. Seguramente ni siquiera lo vio y, simplemente, tuvo suerte. Como siga así, no tardarán mucho en silenciarlo.

—¿Perdimos mucho? —preguntó Santino, indiferente.

—Dinero y algo de mercancía. Reservas para la fiesta de mañana en el Dylan's. Una ridiculez comparada con el petróleo.

Santino gruñó. Era cierto que aquella pérdida no suponía gran cosa, pero se estaba convirtiendo en una desagradable costumbre. Con suerte, si mañana lograban firmar el acuerdo que tenían pendiente con algunas empresas petrolíferas del país, el futuro de la Familia estaría asegurado.

—¿Han descubierto algo sobre ese tipejo?

—¿Sobre el Fantasma? —inquirió Michael sin perder de vista la carretera.

—Sí.

Michael torció el gesto.

—Stan dice que tiene a todo su equipo detrás investigando el asesinato de su mujer. —Guardó un breve silencio antes



de continuar, dubitativo—: Cree que es la misma persona que está detrás de los demás crímenes. Alguien contratado por las demás familias, probablemente.

Santino resopló.

—Recuérdame por qué sigo pagando a ese imbécil.

—Es la mano derecha del comisario.

—Hasta que se la corte —murmuró el Don, mordiendo el puro y exhalando el humo entre los dientes.

Apartó el diario y miró por la ventana.

Le gustaba Michael. No solo era la única persona en la que podía confiar, sino también el único que lo conocía lo suficientemente bien como para no hacerle perder los nervios. Afuera, Blackwood amanecía perezosamente. Un río de personas se transformaba en una masa uniforme y se perdía en el laberinto de sus calles. Los automóviles rugían como animales enfurecidos, ocupando cada vez más las calzadas y dejando menos hueco para los ciudadanos. El sol de finales de noviembre caía desgano y los últimos latigazos del otoño hacían presagiar un invierno duro y cruel, como era costumbre en aquella ciudad.

Santino se sentía extrañamente liberado desde la muerte de su mujer. Cuando se enteró del asesinato de Nadia, un nudo atenazó su garganta y algo rasgó su interior. Un sentimiento nuevo y desolador que no logró entender. Después supo que era su orgullo herido y algo parecido al miedo. Comprendió que, si su mujer había caído presa de sus enemigos, él podía correr un destino similar. Por ello, había duplicado la guardia, su número de hombres y el sueldo que ganaban.

Todo esfuerzo era poco hasta cerrar el trato y escapar de allí. Nada le retenía en Blackwood. Cayó en la cuenta de que, desde su regreso, había hecho de todo salvo llorar por su mujer asesinada. La enterró a las afueras de su mansión, más allá de los jardines. Fue como cerrar un baúl y arrojar la llave al mar. Nunca la había querido. Con el tiempo, comprendió que no tenían nada en común y que, probablemente, nunca lo tuvieron, a excepción de aquel silencioso pacto que ningu-

no había roto jamás. Pero le dolió que tocaran algo suyo con tanta facilidad. Eso reveló una debilidad que hasta Santino desconocía. Y, a pesar de todo, se sentía libre sin las ataduras de una mujer destruida por el paso de los años que, más allá de aquel anillo de oro, nunca le perteneció del todo.

—Por cierto, jefe —comenzó a decir Michael, interrumpiendo sus pensamientos—. Esta noche Jasper se reúne con Jimmy. Creo que van a hablar sobre lo de mañana. Jasper no se fía del Orejas. ¿Quiere que mande a alguno de los nuestros para vigilarlos?

Santino sopesó la propuesta y, finalmente, negó con la cabeza.

—No hace falta. Jasper tiene mi confianza y ya está todo preparado. Tenemos a la policía de nuestra parte, hombres suficientes para defender el Dylan's y el acuerdo cerrado, a falta de la firma. —Dio una última y profunda calada al puro, llenando el vehículo de humo y entrecerrando los ojos, y lo lanzó por la ventana—. Con suerte, ese Fantasma aparecerá. Y así podremos matar dos pájaros de un tiro.

—¿Por qué está tan seguro de eso, jefe?

—Tengo el presentimiento de que aparecerá —musitó—. Tiene que hacerlo.

Santino llevaba meses imaginando cómo sería el hombre detrás de la leyenda. Había demostrado ir un paso por delante de él y de la Familia. Parecía dispuesto a arruinarle la vida, entregado a esa misión.

Nadie sabía nada.

Nadie decía nada.

Susurraban su nombre por las esquinas cuando caía el sol y aparecía siempre que ellos movían sus piezas sobre el tablero de la ciudad, cayendo sobre sus hombres con la facilidad de un buitre sobre su presa.

El Don deseaba verle la cara, descubrir quién era, resolver, de alguna manera, aquel misterio que tenía tanto que ver con él. Pero, sobre todo, lo que más deseaba, lo que más había imaginado durante aquellos meses, era la forma en la que acabaría con él.

Y cuánto iba a disfrutarlo.